
Fulton

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8939

Título: Fulton

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Fulton

La vocación equivocada es un fenómeno bastante común en la vida. Lo que ya no lo es tanto, es gozar de la fortuna en el error, y sufrir indecibles miserias desde que se adquirió la verdad.

Si alguien parecía haber nacido con la pasión ciega, tenaz y profunda del arte, éste es Roberto Fulton. Siendo aprendiz de joyero, siente de pronto nacer su verdadera vocación; será pintor. Con una rapidez casi sin ejemplo en la historia, llega a dominar su lápiz y sus pinceles al punto de que cuatro años después de su iniciación, apenas a los 20 años, se permite el lujo de comprar para su madre viuda una casa con el producto de sus retratos.

Considérese esto: no se alcanzaba en aquella época (1785) con la pintura, los precios que se obtienen hoy por una mala oleografía. Vivir malamente, lograr subvenir con el arte a las pobres necesidades orgánicas, era ya empresa arriesgada. Fulton no sólo la realiza ampliamente, sino que logra asegurar a los veinte años la comodidad y la paz de su anciana madre.

Puédese conjeturar, pues, que la gloriosa fortuna acompañará para siempre a este joven artista, que ha hallado muy temprano el sendero de su alma.

Pero el sendero de Fulton no es éste. Un día, después de algunos años de inquietud, se convence de ello. Se creía pintor: es mecánico.

Desde esta revelación su vida no es sino una penuria y un desaliento continuos, en que van naufragando una por una

sus ilusiones. Durante 19 años corre de Londres a París, y de allí nuevamente a Londres, sin que nadie, ni Bonaparte, ni el Instituto de Francia, ni las Comisiones de examen nombradas al efecto, presten crédito a sus planes de invención.

Cansado, agriado, sintiéndose ya viejo a los 39 años, regresa a Nueva York, a morir, supone él. El Congreso de su patria, apiadado del inventor, le concede cinco mil dólares para que prosiga sus estudios. Con esa bicoca Fulton logra realizar su ensueño mecánico de veinte años, y el 10 de agosto de 1807 el primer buque a vapor que haya surcado las aguas, desamarra de los muelles de Nueva York en medio de la más espantosa rechifla con qué muchedumbre alguna haya saludado a un hombre de genio. El buque de Fulton —el "Clermont"— había ya sido bautizado desde el montaje de su quilla con el nombre de "Locura-Fulton".

Poco después el "Clermont" inauguraba una línea regular entre Nueva York y Albany. Durante el viaje de ida, nadie se arriesgó a navegar en aquél. Pero en el momento en que el "Clermont" desatraca del malecón de Albany, saltó a bordo un hombre que, buscando a un empleado para pagar su pasaje, no halló en todo el vapor sino a Fulton.

—¿No va usted a regresar a Nueva York en su barco?
—preguntó el desconocido.

—Sí —respondió Fulton—. Voy a tratar de hacerlo...

—¿Puede usted darme pasaje a bordo?

—Ciertamente...

El hombre preguntó por el precio del pasaje: eran seis dólares, que aquél puso en manos del ingeniero. Fulton, inmóvil y silencioso, contemplaba las seis monedas; y tan largamente, que el viajero, temiendo haberse equivocado, preguntó:

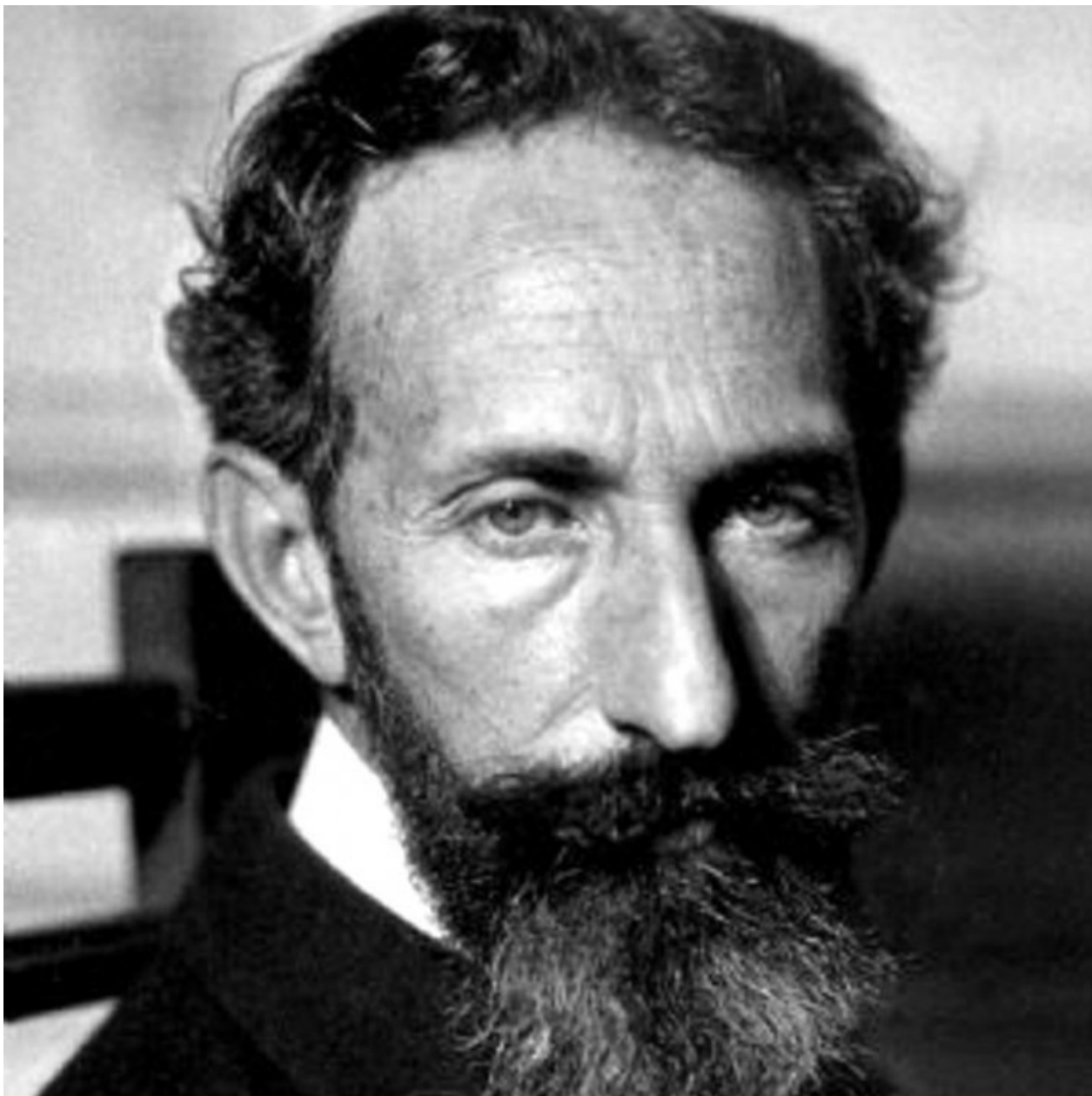
—¿Pero no es eso lo que usted me había pedido?

Al oír la voz, Fulton levantó los ojos al pasajero, mientras dos gruesas y pesadas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Perdóneme —dijo Fulton—. Oyó usted perfectamente... Pero yo estaba pensando en que estos seis dólares son la primera ganancia que obtengo después de veinte años... ¡Ojalá —añadió, tomando efusivamente las manos del viajero— pudiera yo invitarlo a tomar una copa en conmemoración de este acontecimiento!... Pero soy demasiado pobre para poder ofrecérsela...

El resto no nos interesa. Lo extraño —y común, si bien se mira— es que un hombre a quien la fortuna se le entregará incondicionalmente mientras siguió una vocación errada, no haya conocido sino miserias desde el instante en que se halló en posesión de su genio.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)